

# La lectura, arte de ser hombre

PEDRO LAÍN ENTRALGO

De la Real Academia Española (ex director).  
De las Reales Academias de Medicina y de la Historia.

Como en mi linaje profesoral es de rigor, comenzaré preguntándome por lo que el acto de leer sea; y como entre españoles debe ser civil costumbre, recurriré, para obtener primera respuesta, al diccionario oficial de nuestra lengua. Leer es, se nos dice en él, «pasar la vista por lo escrito o impreso, haciéndose cargo del valor y significación de los caracteres empleados, pronúnciense o no las palabras representadas por estos caracteres». La definición es a la vez demasiado restricta, porque no comprende la lectura táctil de los ciegos, y demasiado vaga, porque no indica el verdadero alcance del valor y la significación que los caracteres poseen y el lector descubre. Más genérica y más concisamente, yo diría que leer es entender lo que el autor de una expresión escrita quiso decir con ella; o bien, declarando explícitamente lo que en sí misma es una expresión escrita, entender la significación verdadera o probable de los caracteres materiales con que un hombre quiso hacer patente un contenido de su mente.

Es la lectura, pues, un silencioso coloquio del lector con el autor de lo leído. Éste da figura escrita a una parte de lo que su mente contiene, idea, sentimiento, recuerdo o invención, y el lector llega a serlo plenamente cuando, puesto en contacto sensorial con lo escrito, entiende lo que con ello quiso el autor expresar. Nadie lo ha dicho más sucinta y vigorosamente que Galeno. En el primer libro de su tratado *de usu partium* elogia la excelencia de la mano, órgano con que el hombre «escribe sus leyes, erige a los dioses altares y estatuas, construye naves, flautas, liras, cinceles y todos los instrumentos de las artes, deja a la posteridad sus comentarios escritos a las especulaciones de los antiguos; y así —añade Ga-

leno—, gracias a las letras y a las manos es hoy posible conversar con Platón, Aristóteles, Hipócrates y otros antiguos». Leer no es otra cosa que conversar, sostener un mudo coloquio con el autor de lo leído. Con no menor claridad y con mayor hondura poética lo advirtió nuestro Quevedo, vicioso lector. Recordad los dos primeros cuartetos de un soneto de la Torre de Juan Abad:

Retirado en la paz de estos desiertos,  
con pocos pero doctos libros juntos,  
vivo en conversación con los difuntos,  
y escucho con mis ojos a los muertos.

Si no siempre entendidos, siempre abiertos,  
o enmiendan o fecundan mis asuntos;  
y en músicos callados contrapuntos  
al sueño de la vida hablan despiertos.

El coloquio lectivo es ante todo recreación, así de la materia leída como del alma lectora. Mil veces he dicho a mis alumnos que la lectura recrea y nos recrea. Todo cuanto un hombre lee es por él personalmente recreado, vuelto a crear. El pensamiento de Aristóteles y la significación humana de Hamlet vuelven a nacer, recreados por el lector, si éste entiende de veras su lectura. Casi todas las grandes invenciones de la historia, la física de Galileo, la filosofía de Kant, la figura de Fausto o el imperio de Napoleón, comenzaron siendo personales recreaciones de otras tantas experiencias lectivas. La ambición, el genio y el esfuerzo, operando de consuno, convirtieron en obra original lo que había empezado como íntima respuesta en una «conversación con los difuntos».

Pero, además de recrear, el lector se recrea, vuelve a crear su propio espíritu. Recreación es, en efecto, esa enmienda que de nosotros hace la lectura cuando aquello que se lee interviene, rectificándonos o ampliándonos, en lo que de nuestra vida anterior conservamos; y recreación hay también, aunque de otro orden, cuando la lectura pertenece a las que habitualmente llamamos «recreativas». Siempre que merced a un libro hemos vagado un rato por el campo del ensueño, sea ese campo el quijotesco de Montiel, el proustiano del tiempo perdido o el policial de Scotland Yard, volvemos a nosotros mismos más jóvenes, más ágiles, mejor dispuestos para la vida que no es sueño; en una palabra, recreados.

Consideremos brevemente las varias especies posibles de la mudanza recreativa que por obra de la lectura experimenta el lector. ¿Pueden acaso ser entre sí confundidos, desde el punto de vista de su transformación anímica, el muchacho que lee a Salgari, la madre ante la carta del hijo ausente, el lector de una monografía matemática y el eremita sumido en las páginas de la *Imitación de Cristo*? Y si, como parece indudable, todos esos lectores piden un discernimiento específico, además del personal que inexorablemente les concierne, ¿cuáles son las especies más importantes del acto de leer, genéricamente concebido como antes quedó dicho? Pienso que combinando los diversos puntos de vista en que para tal empresa es posible situarse —la materia leída, la intención del lector y el resultado psicológico del acto de leer— pueden ser distinguidas hasta tres especies cardinales: la lectura diversiva, la lectura convivencial y la lectura perfectiva.

## La lectura diversiva

Llamo así, como es obvio, a la que divierte al que lee, a la que saca de sus cauces habituales las aguas de su vida íntima y las vierte por otros, a la vez nuevos e incitadores. Divertirse es, en último extremo, estrenar un modo de vivir sugestivo y fugaz, poner una imprevista solución de continuidad en los hábitos que constituyen el cañamazo de nuestra existencia.

En principio, cualquier lectura puede divertir; todo depende de quién lee y de cuándo se lee. Personas hay a quienes divierten hasta las series toponímicas de una guía de ferrocarriles. ¿Quién no recuerda un estupendo tipo cómico del teatro de Jardiel Poncela? ¿Y quién puede prever hasta donde llegará como lector, si el tedio aprieta y la materia legible escasea? Hay, sin embargo, lecturas formal y materialmente diversivas, capaces en consecuencia de divertir a todos los hombres o a muy extensos grupos de ellos: la novela y el cuento, el relato de viajes, la escena o la anécdota regocijantes. Nuestro problema consiste en comprender la esencia de la diversión lectiva y el modo de sus tipos principales.

Si divertirse leyendo es salir de lo cotidiano y vivir episódicamente lo imprevisto o incitante, esa diversión podrá adoptar, a mi juicio, cuatro modos principales: la transmutación imaginaria,

el enriquecimiento del espíritu, la afirmación de sí mismo y la depuración o catarsis de la propia existencia.

Puede divertirnos la lectura transmutándonos imaginariamente. Ved a un adolescente absorto en su novela de aventuras. Su cuerpo, inmóvil, ha quedado insensible a los estímulos del medio. El ritmo de su pulso refleja las peripecias del relato leído. ¿Y su alma? Su alma, transmutada en la del protagonista de ese relato, imaginariamente realizada en cada una de las hazañas por él cumplidas, está siendo algo de lo mucho que ese adolescente quisiera ser. Sobre la tierra inmaterial, celeste, en que la pura posibilidad cobra imaginaria consistencia, ¿cuántos millones de muchachos no han sido Buffalo Bill, o D'Artagnan, o un avezado corsario, o el Gabrielillo Araceli de los primeros *Episodios Nacionales*?

Librémonos de creer, sin embargo, que esa transmutación lectiva es sólo cosa de niños y adolescentes. Todo lector por afición sigue siendo un poco adolescente, criatura humana capaz de sumergirse en los lagos de la letra impresa para fugaz e imaginativamente mudarse en algo de lo que quisiera ser y no es. Pensad en la lectura de una novela policiaca. ¿Por qué nos divierte, por qué nos hace olvidar lo que cotidianamente somos? No, desde luego, porque alumbra una vocación policial oculta en los senos de nuestra alma, sino por algo más trivial y complejo. La novela policiaca, en efecto, pone ante los ojos de nuestra mente un problema humano que consideramos resoluble. Cuentan que Demócrito prefería saber la causa de un fenómeno natural a ser rey de los persas. Pues bien: lo que la lectura de una novela policiaca enciende en nosotros es esa humanísima pasión por el conocimiento racional de las causas. Haciéndonos participar imaginativamente en la indagación de un bien inventado asesinato, esto es, transmutándonos en ocasionales detectores de motivaciones y acciones humanas, nos aparta por una hora de los pequeños reinos de Persia que constituyen nuestra vida negociosa. Nos divierte, en suma, convirtiéndonos en campeones de un arriesgado deporte estrictamente intelectual.

Nos traen diversión otras lecturas enriqueciendo sugestivamente el haber de nuestro espíritu. La descripción de un cuadro exótico, las escenas de un viaje bien narrado, la compendiosa información de un buen reportaje, la anécdota oportuna, ofrecen

al lector el doble regalo de la realidad a que se refieren y de la palabra con que la expresan. En la misma línea hay que poner nuestra fruición ante la naturaleza y la vida humana que el novelista finge. Como el narrador de realidades, el creador de ficciones novelescas nos divierte de la existencia cotidiana enriqueciéndola con el tesoro de una serie de experiencias y saberes nuevos. De los españoles que acudieron a la conquista de América dijo Bernal Díaz del Castillo: «Todo lo trascendemos e queremos saber»; lo cual puede decirse en una u otra medida de cualquier hombre, y así lo hizo Aristóteles con las famosas palabras que inician su *Metafísica*: «Todos los hombres tienen por naturaleza el deseo de saber.» La frecuente entrega a las lecturas que nos divierten ofreciéndonos experiencia imaginada es una prueba más de esa ingénita curiosidad de la naturaleza humana. Otra sentencia de Aristóteles, perpetuada por la filosofía de la Escuela, enseña que, por obra de su actividad cognoscitiva, el alma es *quodammodo omnia*, «en cierto modo todas las cosas». Tal vez fuera mejor decir que el alma humana quiere ser, a su modo, todas las cosas. El hombre es curioso porque pretende «vivirlo todo»; y esa natural tendencia posee como presupuesto una incontenible aspiración metafísica a «serlo todo». Por eso pudo escribir Quevedo que los libros hablan despiertos al sueño de la vida. La pretensión de serlo todo, el ansia de cabal integridad, ¿no es acaso el más secreto y esencial sueño de la vida humana? ¿Y no es esa la raíz última de la entrañable diversión que nos deparan el *Rinconete*, Molière, Dickens y los *Esperpentos*?

Vengamos ahora a las lecturas que nos divierten porque afirman nuestro propio ser. El modo más directo de tal autoafirmación —soez, a veces, de puro directo— es el halago que ciertos escritos traen a nuestra personal realidad. Cualquier hombre más o menos letrado puede buscar diversión leyendo textos que le halagan como tal hombre —a la desmedida complacencia en ese halago es a lo que los teólogos moralistas llaman «soberbia de la vida»— o que le lisonjean como miembro de una profesión, como ciudadano de un país o como individuo perteneciente a tal raza o tal sexo. Recuérdese, a título de ejemplo, cualquiera de los «Elogios» que en tan copioso número llevan escritos y leídos los mortales.

Pero hay otra forma más sutil y directa de la autoafirmación 133

lectiva: la lectura de cuanto nos mueve a risa. Si alguien ríe leyendo, es porque lo leído le ha afirmado gozosa y un poco desalmadamente en su propio ser, a expensas de los seres a que la descripción o la acción del escrito se refieren. La tesis de Bergson acerca de lo cómico —la risa como efecto de contemplar una fugaz victoria de lo material y mecánico sobre lo espiritual y vivo— ganó hace años extenso y merecido prestigio. Pocos recuerdan, no obstante, la obligada consecuencia ética de este sugestivo pensamiento bergsoniano. «La risa —escribió el filósofo al término de su célebre ensayo— no puede ser absolutamente justa... Su misión es intimidar humillando; y no la cumpliría si la Naturaleza, como previendo este efecto, no hubiese dejado en el mejor de los hombres un pequeño fondo de maldad, o cuando menos de malicia... El que ríe se mete en sí mismo y afirma más o menos orgullosamente su propio yo, considerando al prójimo como un fante cuyo hilos tiene en su mano.» Mas no siempre es así. Lo que la risa en último extremo manifiesta es una complacida autoafirmación del reidor, referida unas veces a lo noble y otras a lo mezquino de su personal realidad. Por eso las lecturas que nos incitan a reír —y en general todos los géneros literarios hilarantes— pueden ser ejemplares y crueles, ennoblecedoras o zafias, según la fibra anímica que en nosotros dé lugar a la risa.

Quedan, por fin, las lecturas que nos divierten depurando de escorias nuestro propio ser; o, como desde los griegos suele decirse, promoviendo en nosotros una catarsis. ¿No hay acaso personas que sólo por divertirse de su propia monotonía y no por afán de perfección espiritual se entregan a leer lo que les entristece? Un lector del siglo XVIII —como él, tantos sentimentales prerrománticos y románticos— escribía a un amigo, tras la orgía lacrimosa que le había deparado la novela *Sir Charles Grandison*, de Richardson: «Y hoy, entre las siete y las diez de la mañana del tres de abril, día bendito, he llorado: colmé de lágrimas mi libro, mi pupitre, mi rostro, mi pañuelo; he sollozado con infinita alegría». Indudablemente, también el llanto divierte, también la lectura flébil puede ser lectura diversiva. Todo cuanto se ha dicho acerca de la acción catártica de la tragedia, desde que el Estagirita la mencionó, puede ser aplicado *mutatis mutandis* a esta catarsis diversiva que las lecturas aflictivas promueven en nosotros.

En resumen: nos divierte la lectura porque nos transmuta, nos enriquece, nos afirma o nos depura; porque, siquiera sea fugaz e imaginativamente, hace de nosotros todo cuanto queremos ser o porque nos remite con invisible instancia a la posesión de nuestra propia realidad personal. Más concisamente: porque nos omnifica o porque nos autentifica. Pero esto, ¿no es acaso el término secreto de todo acto verdaderamente personal y humano?

## La lectura convivencial

Comenzaré diciendo lo que de la lectura diversiva dije: que, en principio, toda lectura puede ser e incluso debe ser convivencial. Si leer es entrar en coloquio con el autor de lo leído acerca de lo que con ello quiso decir, es evidente que todo lector, sépalo o no, se ve en el trance de ejercitar un acto de convivencia, aunque este sea tan tenue y remoto como el que permite la prosa impersonal de los libros de ciencia. Hay, sin embargo, lecturas inmediata y formalmente convivenciales, textos escritos frente a los cuales el objeto propio del acto lectivo es la convivencia personal con la huella de un hombre determinado y concreto; o, como suele decirse, con un «tú». Tales lecturas pueden pertenecer a uno de estos tres tipos principales: la carta, la autobiografía y la biografía.

Quiero ceñir ahora mi atención al problema que plantea la lectura de un texto autobiográfico. Viejo tema, el del interés histórico y psicológico de las autobiografías. «No sería cosa difícil —escribía en 1789 Edward Gibbon, el gran historiador inglés— componer una larga lista de autores antiguos y modernos que en distintas formas han dibujado su retrato. Tales autodescripciones son con frecuencia las partes más interesantes de su producción escrita, y a veces las únicas interesantes; y si somos sinceros, apenas podremos deplorar su prolijidad o su tendencia hacia el detalle.» Desde Guillermo Dilthey, a quien se debe la valoración del género autobiográfico como documento importante para el saber filosófico acerca del hombre, pasando por la incompleta y prestigiosa *Geschichte der Autographie*, de Georg Misch, el interés teórico por la autobiografía ha crecido muy notablemente.

La reflexión sobre los testimonios autobiográficos ha sido hecha —Dilthey, Misch— desde el punto de vista de la situación histórica en que vivió el autor del relato estudiado o, más recientemente, poniendo atención especial en la estructura psicológica y retórica del relato; mas también cabe hacerla considerando en primer término la situación personal de ese autor ante el empeño de exponer literariamente su propia vida. Lo que el estudioso se propone ahora es conocer la intención última con que la autobiografía fue escrita; con otras palabras, averiguar en qué lector pensó el biógrafo de sí mismo al escribir su siempre asombrosa narración.

Narración asombrosa, en efecto, es siempre la autobiografía. ¿No es para asombrarse que un hombre tome la pluma y cuente a los demás la trama visible y hasta la invisible intimidad de su propia vida? ¿Qué pudo moverle a tan peregrina empresa? Ya he dicho que esta pregunta puede ser contestada respondiendo a otra, directamente conexas con ella: ¿a quién cuenta el hombre su vida, cuando en verdad quiere contarla? Tres respuestas son posibles, correspondientes a los tres grandes órdenes de la realidad personal: Dios o un sucedáneo de Dios, uno mismo y los demás hombres. Nacen así otras tantas especies del género autobiográfico, las confesiones, los diarios íntimos y las memorias.

Objetarán algunos, frente a esa concepción de las confesiones autobiográficas, que si un hombre escribe los recuerdos de sí mismo para que alguien los lea, es a los hombres, a los demás hombres, acaso a un particular grupo de estos, a quienes inmediatamente destina su narración. Pero, hablando a los hombres, el narrador de su propia vida puede dirigirse en última instancia al Dios personal en que cree, un Dios oidor y juzgador de cuanto los humanos hacen, piensan y quieren. Tal fue el caso de San Agustín. «Es a tu misericordia, y no al hombre, mi burlador, a quien hablo», dice expresamente a Dios (*Conf.* I, 6, 7). Y con fuerza todavía mayor, añade en otro lugar: «¿Qué tengo yo que ver con los hombres, para que oigan mis confesiones, como si ellos fueran a sanar todas mis enfermedades? Curioso linaje el humano para averiguar vidas ajenas, pero desidioso para corregir la suya. ¿Por qué quieren oír de mí quién soy, ellos que no quieren oír de Ti quiénes son? ¿Y de dónde saben, cuando me oyen hablar de mí mismo, si les digo verdad, siendo así que ninguno de los hombres

sabe lo que pasa en el hombre, si no es el espíritu del hombre que existe en él?» (*Conf. X, 3, 3*). Graves e importantes palabras para una teoría del conocimiento del prójimo. Vengamos, empero, a lo nuestro. Agustín confiesa su vida a Dios, y mediante la confesión y la alabanza trata de justificarse ante Él. Cuando es esa la intención del escritor, los demás hombres no pasan de ser testigos de la confesión, la cual, en consecuencia, va dirigida a sus posibles lectores con un designio rigurosamente adoctrinador y edificante. Así es el que mueve a San Agustín a declarar literariamente su vida, no sólo ante Dios, sino también «en los oídos de los creyentes hijos de los hombres» (*Conf. X, 6*). De ahí que las confesiones auténticas no puedan ser cínicas, aunque a veces, como la de Rousseau, lleguen a ser terriblemente sinceras.

En el diario íntimo un hombre, cavilosamente instalado en su propia soledad, se cuenta su vida a sí mismo. Cuando esa intención es limpiamente cumplida, sólo un azar permitirá a los demás hombres el conocimiento de tan íntima y personal autobiografía. Otras veces, en cambio, se asocia al empeño un adarme de pasión literaria: es el caso de los diarios íntimos escritos por su autor con el secreto propósito de que un descendiente, un amigo o un erudito los publique algún día. La constitutiva necesidad de autovisión y autointerpretación que late en el fondo de la existencia humana —hondo problema antropológico, que ahora debo soslayar, después de avistarlo— es el presupuesto y el móvil de esta segunda especie del género autobiográfico.

En las memorias, tercera de tales especies, un hombre cuenta a otros hombres su propia vida. Todos aquellos a quienes su condición de lectores convierta en ocasionales prójimos del autor, constituyen ahora el plural sujeto a que éste se dirige. Pero ¿con qué intención les habla? ¿Qué puede esperar, qué espera de ellos? Creo que dos cosas: justificación y granjería.

En tanto que hacedor de su propia vida, el hombre es responsable de ella y necesita justificar la gestión que de su albedrío y sus talentos ha ido haciendo. Cuando cree en un Dios personal se justifica —o intenta justificarse— mediante una confesión; así, volveré de nuevo a su ejemplo, San Agustín. Cuando la creencia en un Dios personal duerme o ha muerto, el biógrafo de sí mismo trata de justificarse contando su vida a los demás hombres, y aún mejor a la humanidad, equivalente secularizado de Dios. El énfasis

retórico del siglo XIX supo dar una precisa expresión verbal a esta actitud humana, y habló de la responsabilidad del hombre ante «el tribunal de la historia». *Weltgeschichte*, *Weltgericht*, «la historia del mundo es el tribunal del mundo», habían dicho los románticos alemanes. Mas no sólo justificación histórica es lo que el autor de unas memorias busca en sus posibles lectores. Busca también granjería de fama y lucro; «honra y provecho», según la letra de un tópico postulado de nuestro pueblo. Sobre todo, fama. La sed de justificación y la avidez de fama son los dos grandes motores de esas confesiones públicas secularizadas que solemos llamar memorias.

De ahí, en fin, el contenido de esta tercera especie de la autobiografía. El escritor de memorias no cuenta a sus lectores toda su vida. Ni esto es posible —lo impide una estricta imposibilidad metafísica—, ni él lo quiere. Debe escoger y quiere escoger; y ante ese doble imperativo, él escoge los fragmentos de su propio vivir más adecuados a su necesidad de justificación y a la imagen de sí mismo que desea entregar a la fama. Las memorias de un hombre exponen ante todo la porción de su personal utopía a que ha conseguido dar realidad, lo que él ha logrado ser y hacer entre todo lo que más entrañablemente quiso para la conquista de su definitiva realidad y para el curso efectivo de su propia vida.

## La lectura perfectiva

Lectura diversiva y lectura convivencial. Junto a estos dos modos de leer conviene distinguir otro, en el cual, con deliberación mayor o menor, el lector busca inmediatamente su propia perfección: la lectura perfectiva.

No será ocioso indicar que la especificación de este modo de la lectura es siempre problemática. En rigor, todo acto humano resulta perfectivo o defectivo para quien lo ejecuta, y la lectura no constituye excepción a tal regla. La diversión y la convivencia lectivas, la simple entrega de los ojos y la mente a un relato de aventuras o a una narración biográfica o autobiográfica, acaban siendo fuente de perfección o motivo de envilecimiento, según la índole del texto leído y la intención con que la lectura fue cumplida. Más perfecto llega a ser el mozo lector después de haberse

convertido imaginativamente en Amadís, en Pasteur o en San Francisco de Asís, y el que en su intimidad ha llegado a compartir la noble desventura de Antígona.

Ello no es óbice para la existencia de lecturas formalmente perfectivas: aquellas que emprendemos, no para divertirnos de nuestro vivir cotidiano y derramar la vida por cauces apenas sospechados, no para convivir durante unos minutos o unas horas con un «tú» extraño y sugestivo, sino con la deliberada intención de hacer mejor, más cabal, aunque no más conclusa, nuestra propia realidad. En tanto que escultor de su existencia, el hombre puede usar y usa de hecho la lectura para ir acercándose más y más al cumplimiento del proyecto que tiene de sí mismo, e incluso para descubrir la posibilidad de proyectos vitales nuevos; para ir siendo una persona más «perfecta», en el sentido etimológico y en el sentido ético de esta palabra. Que tal perfección resulte en todo momento vulnerable y que haya de quedar casi siempre a la mitad de su camino, ése es el drama y el incentivo de la existencia humana. El drama, porque dramático es el trance de no lograr lo que se desea. El incentivo, porque, como tantas veces se ha dicho después de Cervantes, el camino es preferible a la posada.

Bajo la sugestión semiconsiente de un conocido epígrafe de Ganivet, acabo de decir que el hombre es el escultor de su propia existencia. Tal vez fuese mejor llamarle arquitecto de ella. En efecto: a lo largo de su vida, cada hombre va edificándose a sí mismo merced a una serie de proyectos y acciones personales; y, sabiéndolo o no, lo hace refiriendo su propia operación a algo que le trasciende, le ordena y otorga a su empeño sentido último: algo que a un tiempo es él y no es él; de otro modo la famosa consigna de Fichte, el «llega a ser el que eres», no podría ser cumplida. De ahí la existencia de dos vías complementarias en el ascenso hacia la perfección humana: la que tiene como meta la formación o edificación de la realidad propia, desde el punto de vista de sus acciones, obras y hábitos (perfección *ad intra* o de autoedificación, perfección edificativa), y la que depende del modo como el hombre va orientando su personal existencia respecto a lo que otorga a ésta su último sentido (perfección *ad extra* o de autoofrecimiento, perfección oblativa); distinción que tanto puede ser referida a una concepción cristiana como a una concepción atea o agnóstica de la realidad del hombre. Lo cual quiere decir

que ciertas lecturas nos perfeccionan en tanto que nos edifican, y otras en tanto que nos mueven a ofrecernos. Aquellas añaden a nuestra existencia elementos nuevos y valiosos: un saber, un sentimiento, un hábito del espíritu. Estas otras nos incitan o nos enseñan a referir nuestra entera existencia al centro que le otorga su más plenario y radical sentido. Digámoslo con letra de Quevedo: ayudan a mi perfección edificativa los libros que

o enmiendan, o fecundan mis asuntos,

y favorecen mi perfección oblativa aquellos otros que rectamente al sueño de la vida hablan despiertos;

es decir, los que avivan y precisan esa secreta llamada que mueve a la vida humana a trascenderse a sí misma.

Tres son las vías principales de la autoedificación lectiva: el saber, la belleza y el amor; por las tres crece en cantidad y en calidad la cosecha de nuestro trato con lo real y nuestra realidad misma. Las lecturas que incrementan, esclarecen y profundizan nuestro saber nos perfeccionan, en efecto, acercándonos más y más a la posibilidad de dar plena razón intelectual de nosotros mismos y del mundo que nos rodea; altísima verdad apenas perceptible cuando, niños o adolescentes, nos debatimos con las páginas que enseñan la composición química de las rocas, las fórmulas trigonométricas, la contextura del esfenoideas, los nombres de los reyes visigodos y los modos del silogismo. ¿Qué sentido último tendría el esfuerzo de aprender todas estas cosas, si tal aprendizaje no contribuyese a hacernos más dueños de nosotros mismos y del mundo? Grave interrogación para todo aquel que quiera escribir libros didácticos de verdadero maestro y no de simple dómine.

Los libros en que por perfección y no por diversión buscamos la belleza —aunque ésta difiera tantas veces de la que la estética clásica definió— enriquecen nuestro espíritu mostrándonos, siquiera sea parcial y refractadamente, el brillo gozoso de la plenitud del ser o de la aspiración poética hacia ella. Recordad el suave y luminoso contento que pone en el alma la «Oda a Salinas», o la fruición de colmar los ojos con la riqueza sutil y fabulosa de ciertos párrafos de Valle-Inclán. La vida del lector consiste entonces, por un momento, en vivir contemplativamente la belleza.

fecto, adquiere intuitiva noticia fragmentaria de la perfección del ser. La muda sonoridad de la palabra escrita es ahora tenue, casi diáfano indumento del brillo que por sí misma irradia la perfección de las cosas ya próximas a ser perfectas; y a ese brillo, no más que entrevisible con los ojos de nuestro cuerpo, es a lo que con nuestra lengua de hombres llamamos belleza. Nadie lo ha dicho más levantadamente que dos poetas, Joan Maragall y Juan Ramón Jiménez. El primero con palabra más bien conceptual y metafísica: poesía — escribe — es «el ritmo de la creación vibrando a través de la tierra en la palabra humana. Un camino de Dios, entre tantos que la complejidad del caos necesita». El segundo, de manera más sentimental y psicológica. Dice así a la belleza uno de sus poemas:

Nos das la mano en un momento  
de afinidad posible, de amor súbito,  
de concesión radiante,  
y a tu contacto cálido,  
en loca vibración de carne y alma,  
nos encendemos de armonía,  
nos olvidamos, nuevos, de lo mismo,  
lucimos un instante alegres de oro.

Edifican nuestra existencia y nuestra perfección *ad intra*, en fin, las lecturas que nos enseñan a amar las cosas y los hombres. Pienso ahora, a título de ejemplo, en la primera parte de la *Introducción del Símbolo de la Fe*, de fray Luis de Granada, en la *Vida de San Francisco*, de Tomás de Celano, en la mirada de Cervantes frente al mundo sensible; esa mirada limpia y amorosa, hasta cuando se muestra más desengañada e irónica. ¿Acaso no es posible leer con voluntad de perfección, y no sólo por divertimento, las páginas de Cervantes o las de Shakespeare, máximos paradigmas literarios del amor a la realidad creada?

Mas también hay lecturas que nos perfeccionan no por su aportación al contenido de nuestra existencia, sino por la ayuda que prestan — perfección *ad extra* — en la faena de orientarla; no porque enriquezcan el sollado de la nave, sino por que señalan su derrota hacia el puerto. Son las lecturas religiosas, en el sentido más amplio y más hondo de la palabra religión. Puesto que el ser del hombre se halla constitutivamente religado, como Zubiri nos ha enseñado a decir, su existencia está siempre conversiva o aversi-

vamente referida al fundamento metafísico de la religación, según un determinado modo de entender ese fundamento. La soberbia, que los griegos llamaban con mucho tino *authádeia*, presunción de autosuficiencia, es la expresión suprema de la referencia aversiva; la oblación amorosa, a su vez, es el modo básico de la referencia conversiva y la forma operante y eficaz de la verdadera humildad. Hombre de veras humilde es el que, frente a la suma realidad que le fundamenta y religa, en todo momento está dispuesto a decir un *ecce vita mea*.

Modos humanos de entender la religación hay tantos como religiones, y a cada religión —más aún, a cada actitud religiosa ante lo real— corresponde una peculiar línea espiritual ante el empeño de buscar lectivamente esa perfección que vengo llamando oblativa. Ninguna tan fecunda en lecturas de perfección como el cristianismo, desde que San Mateo compuso el primer Evangelio. ¿Es acaso un azar que San Juan llame *logos, verbum*, a la persona de la Trinidad que se hizo carne y proclamó con palabras el reino de Dios? Quien así lo piense, lea la cuestión *utrum Verbum in divinis sit nomen personale*, en la *Summa Theologica* de Santo Tomás (I q. 34, a. 1); y quien dude acerca de la relación entre la palabra humana y el Verbo divino, recuerde el hermoso dicho de San Bernardo, *Verbo geniti, verbum habent*, y trate de penetrar en todo su rico contenido teológico, metafísico, antropológico y poético.

Basta lo expuesto, creo, para demostrar con argumentos de autoridad lo que por hábito y tradición todos sabemos: que la religiosidad cristiana exige por modo constitutivo la palabra —*fides ex auditu*, dijo San Pablo— y que, en consecuencia, la lectura es parte principalísima en el empeño de aprender el sentido y las diversas formas de la perfección oblativa que al cristianismo corresponden.

## Leer y ser

Decía yo al comienzo de mi reflexión que leer es entender lo que el autor de una expresión escrita quiso decir con ella. El autor de lo leído puede decir mil y mil cosas distintas; pero desde el punto de vista de lo que el lector busca, tan opulenta variedad

queda suficientemente acotada por tres precisos epígrafes: *diversión*, *convivencia* y *perfección*. Leyendo, el hombre intenta ser algo distinto de lo que habitualmente es, o ser prójimo y confidente de otro hombre, desconocido para él hasta aquel instante, o, tantas veces sin advertirlo, ser más y ser mejor que antes de su lectura. Trata el lector, en definitiva, de ser todo lo que él podría ser, siendo cada vez más perfecta y acabadamente él mismo. Indirectamente halladas o directamente buscadas, la omnificación y la autenticación constituyen la meta última y secreta de todo el que pone un libro ante sus ojos.

¿Cómo es posible tan maravilloso crecimiento en el orden del ser? ¿Por qué la lectura puede ofrecer al hombre tan delicado y espléndido regalo? Sólo una respuesta veo posible: porque la lectura es el acto por cuya virtud entramos en comercio visual con la palabra, y la palabra —de Heidegger procede la fórmula— es la morada humana del ser. Si desde un punto de vista psicológico leer es entender lo que el autor de una expresión escrita quiso decir con ella, desde un punto de vista ontológico es penetrar en el dominio del ser acompañado por otro hombre. Escribió Rilke a uno de sus amigos: «Nuestra tarea es acuñar en nosotros esta tierra provisional y perecedera, y hacerlo tan profunda, dolorida y apasionadamente, que su esencia resucite en nosotros por modo invisible. Somos las abejas de lo invisible. Apresamos localmente la miel de lo que se ve, para acumularla en la gran colmena áurea de lo que no se ve». No contrariaría a Rilke oír, como remate de su hermosa metáfora, que la palabra es la celdilla elemental de esa colmena dorada e invisible.

El lector queda así convertido en consciente o inconsciente artífice de la misteriosa morada de amor, pensamiento y acción que la humanidad, con su historia, y contra el odio y la destrucción, *incesantemente* va construyendo. Cuando tanta urgencia y tanta alarma nos asaltan, cuando el quehacer o la trivialidad de cada día parecen ir ahogando implacablemente todo posible ocio digno, y por tanto toda ocasión de leer con sosiego, ¿lograremos seguir teniendo alguna parte en esa ingente faena universal? ¿Seremos de cuando en cuando capaces de ver en el libro lo que en último término es, una vía segura para ejercitar con perfección creciente el arte de ser hombre?